

BALANCE CON NÚMEROS ROJOS¹

Por Gabriel Torres Salazar, Director

Como todos los años en los primeros meses conocemos el balance del año anterior. El de 2019 llegó con números rojos. Tiene pasivos no registrados, está descuadrado y con pérdidas. ¿Es el balance financiero de una empresa? ¡No, no! Es el balance económico social del país. La auditoría social realizada por la ciudadanía, en el último trimestre del año, lo dejó en evidencia. Se supo de muchas cuentas por pagar no contabilizadas, otras que estaban de plazos vencidos y varias en mora desde hace tiempo, además de problemas éticos en grupos de poder.

Se venía mostrando a la sociedad la situación del país con “contabilidad creativa”, esa que de creatividad no tiene nada, más bien es forma engañosa de presentar cifras, lo que el lenguaje financiero denomina “maquillaje a los estados financieros”. Esta mala práctica distorsiona información, intenta mostrar activos ciertos cuando son nominales, ganancias donde hay pérdidas, solvencia de capital en vez de patrimonio empobrecido; esconde pasivos y omite provisiones y ni qué hablar de notas sobre contingencias. Es un engaño. Como si todo estuviera bien, como si nada faltara, como si el futuro fuera halagüeño.

Los contadores, gerentes y directores de empresas, así como sus gobiernos corporativos, saben que el balance financiero de una organización es la igualdad entre los activos con los pasivos más el capital financiero. El balance social, en tanto, se le parece –lo sabe el gobierno y las elites políticas-. Ahora lo sabe el país entero. Un profesor lo explicaría pausadamente a sus estudiantes: el balance es equilibrio, un equilibrio como el de la balanza de la justicia o de los ingresos y gastos de la dueña de casa. Y lo social -agregaría el maestro- se refiere a las personas y sus relaciones en la comunidad que habitan. Por consiguiente, un balance social es el equilibrio estable de la sociedad. Y eso, eso es lo que venía descuadrado. Se rompió el equilibrio con la acumulación de deudas, produciendo el estallido social que conocimos.

Y, ¿cuáles son las deudas de este balance social? Son obligaciones impagas del sistema imperante con toda la población. La lista no es corta, aunque resumidamente está la deuda de pensiones para los de más edad, la de educación para los jóvenes, la de oportunidades laborales y de salarios dignos para hombres y mujeres, las de salud y dignidad para toda la ciudadanía. Además de la deuda de los que han acumulado riquezas con el modelo libremercadista, pero persistentemente se niegan a pagar impuestos con tasa redistributivas de riqueza. Y, también, la deuda por maltrato del que tiene con el que no.

La riqueza producida por los activos fue concentrándose durante años en pocas manos, tal que el índice (GINI) que mide la igualdad de ingresos de las naciones, nos muestra como el país más desigual entre los miembros de la OCDE. Fuimos perdiendo los activos naturales y estratégicos con la privatización de los mismos (cobre, litio, agua, electricidad, entre otros). El aparato productivo quedó al arbitrio de iniciativas particulares bajo el Estado Subsidiario y temas sensibles como la vejez, salud y educación a merced del mercado. Los ingresos fiscales tampoco dieron cuenta de los requerimientos sociales; hubo exigua tasa impositiva y mucho *lobby* empresarial para evitar aumentos.

¹ Artículo editorial en Revista Contabilidad, Auditoría e IFRS. N° 337 de abril 2020, Editorial Thomson Reuters, Santiago

Y ¿qué pasó con el capital? El capital político del gobierno fue mermando hasta el piso de solo 10 % de aprobación a la gestión presidencial en diciembre y descrédito de toda la clase política. Pasa que si se deterioran los activos y se contabilizan las deudas ocultas, los pasivos aumentan y automáticamente se pierde capital. Es lo que muestra el balance social, así funciona la ecuación y partida doble y el escrutinio ciudadano lo develó.

¿Cómo salir de los números rojos? No es una cuestión técnica, es política. La culpa no la tiene el balance, sino de quienes toman las decisiones socioeconómicas del país. En el Estado es el gobierno de turno y las entidades públicas, así como en las empresas la función es de directorios y gobiernos corporativos. El balance nacional de 2019 es acusete, es reflejo de lo obrado y la foto es mala. ¿Qué hacer entonces? Cambiar de conductas, modificar el sistema y emplear la información de este balance para mejores decisiones, no queda otra.

De partida, combatir, hasta eliminar, las dos causas más gruesas del conflicto, las que cientistas sociales y economistas denominan “desigualdad vertical”, esa radical diferencia económica entre los que más tienen con los de menores ingresos; y la “desigualdad horizontal”, esa de orden social originada en maltrato e irrespeto entre las personas.

Y ¿cómo? Las propuestas vienen de varios sectores. ¡En buena hora! En síntesis –reconociendo sin más demora la magnitud del conflicto- consensuar democráticamente un plan político, económico y social de largo plazo, con metas y objetivos medibles, para resolver demandas inmediatas y otras de mediano y largo plazo. Este plan debería dibujar la carretera que nos lleve a un destino claro y seguro, un camino de nuevas formas de crecimiento y desarrollo sustentable. Con economía no solo de mercados, también social. Por allí transitarían las medidas inmediatas de soluciones económico-sociales, empleando los activos disponibles en caja y ahorros, sumados a créditos financieros en lo que falte.

Las soluciones más permanentes prosperarían también en este plan con inversión, crecimiento y desarrollo sostenible de nuevo tipo; por ejemplo, en áreas de la minería, energías renovables, uso del desierto, agroindustria, turismo de naturaleza; y políticas públicas centradas en lo social, con mayor recaudación fiscal. Algo se ha hecho. Habrá que hacer más, convenciendo a esa parte de la elite política y empresarial que se resiste tozudamente al cambio. Hay que hacer el *switch* y sacarlos de su zona de confort. Sin plan –político, social y económico esperanzador- y, con metas, plazos, cifras e inclusión social, que responda a las demandas ciudadanas, difícilmente tendremos la ansiada armonía social que todos queremos.

En lo inmediato, el balance social se equilibraría inyectando liquidez y pagando las deudas urgentes. Y, simultáneamente, haciendo producir los activos disponibles, recaudando más impuestos, pagando los créditos y capitalizando bienestar. Al final, se pondría fin a los números rojos y notas de maltrato. Afortunadamente, hay técnicas eficaces para proyectar estados financieros sobre la base de planes consensuados. El balance social proyectado revelará, de lograrse, esos acuerdos y decisiones.